

# El asesor enmascarado

## Capítulo 4. Docentes en tránsito. Incidentes críticos en Secundaria.

¿**Todo número entero** es la suma de dos números primos positivos? Esta pregunta, llamada conjetura de Goldbach, todavía no ha podido ser resuelta, pero nosotros esperamos que sea así. Sería muy hermoso que fuera así. Para Einstein, la belleza de la formulación forma parte de la demostración, «Dios no juega a los dados». Sin embargo, Ian Stewart opina que si la teoría del caos se hubiera conocido antes de la mecánica cuántica, habría hecho dudar a Einstein sobre su famosa afirmación. Claro que si los circuitos informáticos se han podido poner en marcha ha sido gracias a la mecánica cuántica. Y ha sido finalmente la informática la que nos ha convencido de la teoría del caos, con sus espectaculares resultados.

Con estas ideas en la cabeza, Inmaculada entró en la clase de 2.º B de ESO a explicar el teorema de Pitágoras.

Una hora más tarde, en el departamento de matemáticas, Pedro corregía descalzo, apuntaba, calculaba la media, puntuaba, comentaba, comía palitos de fibra, subrayaba, miraba el reloj, cuando ella entró.

--Es como darles margaritas a los cerdos. ¿Tienes un cigarro? ¡Ostras, qué pregunta! Déjalo...

Pedro se puso los zapatos sigilosamente y le ofreció un palito y una sonrisa a Inmaculada.

--Es primavera, ya se sabe.

--Y si no es primavera es lunes. Pero ¿puede saberse cuál es el momento idóneo (puso idóneo entre comillas con los dedos) para enseñarles matemáticas a estos críos? Cuando los tienes calladitos, que si Pepito me ha cogido el bolígrafo. Volvemos a empezar y ahora Pepita que ha de ir al lavabo porque le ha venido la regla. O tienen cinco años o les salen las hormonas por las orejas. Así, ¿cómo les ha de interesar el cuadrado de la hipotenusa?

--Puede que a la mayoría no les interese nunca. Supongo que sólo les interesará, más adelante, a los que estudien ciencias exactas, como nosotros. Y no a todos. A mí, por ejemplo, me interesa que me expliques el cuadrado de la hipotenusa.

--No seas cateto y déjate de bromas.

--¿Bromas? Eres tú la que no me toma en serio.

--¿Y cómo quieres que te tome?

--No voy a contestar a eso. ¿Has leído algo sobre enseñanza auténtica?

--Pues ahora mismo...

--Te explico. Ya sabes que me gusta leer sobre métodos didácticos, y esas cosas. En una de esas lecturas, me llamó la atención un ejemplo de cómo explicar el binomio de Newton a partir de una estructura donde se entendía gráficamente la formulación. Lo que encontré interesante es el giro que le daba a la argumentación sobre el tipo de conocimiento que queremos enseñar. Era ver, en este caso las matemáticas, no como un conocimiento para fabricar más matemáticos (que es lo que a veces pretendemos), sino para ciudadanos que deberán usarlas para resolver problemas de su vida cotidiana, problemas auténticos.

--Conclusión: que doy mal mis clases.

--No he dicho eso, pero si sales tan insatisfecha... Yo pienso que si no disfrutas las cosas no salen bien. Y a los chicos les pasa lo mismo. Hay que motivarlos.

--No empecemos. ¿Y a mí, quién me motiva?

--¿Si te digo una cosa no te enfadarás?

--Ya estoy enfadada, no te preocupes.

--Tienes que quererte más. Ser positiva. Mira, apunta en un papel... No, espera, se me ocurre una idea. Inmaculada, siéntate aquí y cierra los ojos.

--¿Cómo dices?

Pedro coge a Inmaculada por los hombros y la sienta delante de él. Después, la mira con gravedad inusitada y le susurra...

--Relájate, relájate... Cierra los ojos e imagina que caminas por una playa desierta. La fresca brisa del mar es muy agradable porque ya empieza a hacer calor... ¿Sientes la brisa acariciando tu rostro, tus brazos...? ¿La sientes en tus piernas, en tu vientre...?

--La siento en todas partes, sigue o me voy a resfriar.

--Concéntrate en mis palabras, por favor. Visualízalo. La playa, el sol. El murmullo de las olas, la brisa... ¿Lo tienes?

--Todo. Camino por una playa desnuda. Desierta, quiero decir.

--Entonces descubres cerca de la orilla, medio enterrada en la arena, una pequeña caja de madera. La recoges. Está atada con una cuerda y no se puede abrir. Pero algo suena dentro. ¿Qué hacemos?

--¿Qué hacemos? Pues la abrimos. Desatamos la cuerda y la abrimos.

--De acuerdo. La desatamos y la abrimos. ¿Qué hay dentro?

--Como mínimo una lámpara maravillosa. O una calavera, o una piedra...

--Lo que tú quieras.

--La lámpara maravillosa.

--Pues abres la caja y descubres que dentro hay una lámpara de aceite como la lámpara que se encuentra Aladino en el cuento de Las mil y una noches. Estás secando la lámpara

con tu camiseta y al frotarla empieza a brotar de su interior un hilo de humo azul que te asusta y la tiras al suelo. El humo se convierte en una espesa nube de la que surge ante tus atónitos ojos un alumno de segundo de ESO disfrazado de genio oriental. Te hace una reverencia y... ¿Qué dice?

--¿Qué me va a decir? Que pida tres deseos.

--Te puede decir lo que tú quieras. No seas tan convencional.

--Tres deseos convencionales estarían muy bien, pero te diré otra cosa. A ver, ¿mil deseos? No, espera. Me dice... No sé qué decir. Dilo tú, ahora.

--Pues entonces el genio oriental te pide que le concedas tres deseos, que le contestes sinceramente a tres preguntas.

--¡Vaya, hombre!

--Primero te pide que le digas las tres cosas que más te gustan de tus alumnos. Después te pide que le digas las tres cosas que más te gustan de ti.

--¿Y el tercero?

--El tercero, dilo tú.

--Pues en el tercer deseo me pide que le conceda tres nuevos deseos más. ¿A que no te lo esperabas?

--Pues sí, es bastante previsible. Pero no importa.

--¿Y qué más?

--Entonces tú le concedes el primer deseo. Le dices que las cosas que más te gustan de tus

alumnos son: que sean obedientes, que sean estudiosos y que aprendan. ¿Me equivoco? Después les dices las tres cosas que te gustan de ti.

--...

--Dilas tú, ¿no?

--Pues las tres cosas que más me gustan de mí es que creo que soy inteligente, eficiente y... coherente.

--De acuerdo. Y después le concedes el último deseo: los tres nuevos deseos. Entonces, en un abrir y cerrar de ojos, el genio se esfuma dentro de la espesa nube de humo azul y la nube azul desaparece dentro de la lámpara, que sigue tirada en el suelo, en el mismo sitio. ¿Qué te ha parecido?

--¿Qué me ha parecido? Me ha «aparecido» un genio, ¿no?

--¡Ja! No, quiero decir que si no estás mejor, ahora. Más conectada con el tema. ¿No te hace pensar de otra manera?

--No sé qué decirte. Me hace pensar que has hecho otro cursillo. ¿Me equivoco?

--Has acertado. Pero ¿has visto qué historia hemos construido entre los dos? Es una técnica que se llama mitomorfosis. Ya lo has visto tú misma, consiste en que coges un mito o un cuento popular y en cada nueva situación te vas planteando la posibilidad de un cambio de dirección. Sirve para que afloren deseos, pulsiones escondidas y cosas así.

--Entiendo.

--Pero lo que hemos hecho nosotros es una mitomorfosis focalizada. Se trata de trabajar sobre un tema que nos preocupe. En este caso, las clases. Entonces hay que meter algo del tema real, como si dijéramos, en forma de personaje del mito o el cuento elegido. Yo os he metido a ti y a tus alumnos.

--Ya lo he visto. Pero no veo qué ganamos haciendo esto. ¿Qué deseos han salido?

--Pues eso tendrías que pensarlo un poco. Una pista; como en los sueños, suele pasar que los detalles más pequeños son los más significativos. Piensa en lo que has elegido cada vez. Intenta recordar lo que has pensado en un primer momento... Sin embargo, después has dicho otra cosa, ¿no es verdad? Piensa por qué lo has hecho. Ya verás cómo te sorprenderá todo lo que descubres de ti misma.

--¡Déme más pistas, Herr Doctor! Please --suplica ella.

--Pues opino que desde su posición y su responsabilidad de docente --dice Pedro mientras se mesa una barba inexistente-- debería prestar más atención a las señales que le envía su subconsciente. Fíjese, por ejemplo, en que lo que le gusta de sus alumnos está expresado como un deseo, y lo que le gusta de usted, como una creencia. Uno desea frecuentemente lo que no tiene y suele creer lo que le conviene. O lo que quiere o puede ver. Pero ni una cosa ni otra son verdad para usted.

--¡Ostras Pedrín!

--Y aún le diré más. Su forma de interpretar las vicisitudes de los preadolescentes discentes a su cargo denota una hostilidad que podría fácilmente enmascarar la frustración que le causa el no saber cómo gestionar el susodicho curso. La frustración y la vergüenza de ser el centro de atención de tan empedernidos personajes en construcción. De saber que saben que usted no sabe qué hacer con ellos. La frustración, la vergüenza y el miedo a perder la autoestima que, como si de un regalo de los dioses se tratara, hasta hoy le han garantizado su competencia y su posición. Lo lamento --concluyó Pedro mirándose el reloj-- pero el tiempo de nuestra conversación ha periclitado.

Inmaculada lo mira sin hablar y Pedro se pone a recoger los trabajos que ha corregido.

--Estás como una cabra. ¿Tú te crees todo lo que dices o para ti la vida es siempre un juego?

--Sí y sí --dice él.